

Cristina, hija de Lavrans

SIGRID UNDESET (1882-1949)

El arte tiene la capacidad de ofrecer nuevos horizontes a nuestros sentidos y a nuestro espíritu.

Cuando contemplamos una obra de arte que llega a nuestro corazón, sucede algo inesperado que no existía antes, un territorio por explorar que el artista pone a nuestro alcance y que nuestra sensibilidad acoge, aconteciendo algo extraordinario que contiene en sí mismo esa *chispa* inconfundible que solo poseen las cosas verdaderas.

Entre todas las artes es quizá la literatura la que puede ofrecernos una experiencia más duradera y extensa en el tiempo. Nuestro recorrido interior dentro de la obra se mantiene al menos durante el período de tiempo en que sus páginas y nuestros momentos de lectura se citan, teniendo lugar ese diálogo comprometido entre la obra (y su autor) y nuestra persona.

Cogemos el libro con nuestras manos, y somos conscientes de que tenemos un regalo que vamos a ir recibiendo poco a poco. Una parte importante de este regalo, como en toda obra de arte, procede de nosotros mismos, de nuestra propia capacidad sensible y del necesario acto de voluntad para su contemplación.

Recientemente una amiga muy querida ha puesto en mis manos una obra maestra de la literatura femenina escrita por Sigrud Undset, autora noruega que recibió el Premio Nobel de Literatura en 1928. Con una biografía muy interesante que nos habla de su búsqueda intensa a nivel humano y espiritual, sembrada de luces y sombras como reconocemos en cada una de nuestras vidas, comparte finalmente con nosotras la historia decisiva de su propia conversión.

Kristin Lavransdatter (título original) publicada en 1920 nos entrega a *Cristina, hija de Lavrans*, una novela histórica considerada la obra cumbre de su autora.

Aunque en la actualidad varias ediciones recogen la obra en un solo volumen, originalmente constaba de tres partes *La Corona, La Mujer y La Cruz* que nos presentan el personaje de Cristina, ambientado en la Noruega del siglo XIV.

Me encantaría transmitir la belleza del Prólogo que precede a la obra titulado *El gran río de Sigrud*. El modo en que éste se refiere a la autora y a la obra que se presenta, nos revela que nos encontramos ante una obra extraordinaria, un hallazgo, una perla escondida:

La verdadera fuerza reside en los ríos: ellos son los que, acumulando y volcando sobre sí la vida que encuentran a lo largo del curso, al final llevan al mar. Al gran río le conviene la paciencia de un transcurrir tranquilo, y las inevitables crecidas no deben romper los diques y formar cenagales y charcas. Así, esta novela de Sigrud Undset (...) pide al lector que navegue por ella como por un gran río. Desvelará su fuerza poco a poco, su plácida potencia no desilusionará al viajero de corazón aventurero. La lectura, como toda obra maestra, reservará el gusto de saborear el mar abierto.

En este momento se hacen presentes en mi memoria los míticos *Andréi Bolkonsky*, *Pierre Bezújov* y *la Condesa Natasha Rostov* que Tolstoi hizo nuestros para siempre con *Guerra y Paz*. Recuerdo la sensación inicial de comenzar a bucear en aquel compendio indescifrable de personajes y familias rusas que inicialmente no era capaz si quiera de recordar, y que al declinar la última de las páginas sentía que ya eran míos también, parte de mi experiencia vital.

Nuestra vida y nuestra persona no son las mismas después de la contemplación de ciertas obras de arte, y lo sentimos claramente tras la lectura de ciertos libros. Nuestro espíritu ha quedado enriquecido, instruido, conformado para siempre según ellos después de lo vivido.

Creo intuir con certeza que *Cristina hija de Lavrans* quiere mostrar también una luz, que es la luz de la propia Undset:

Lo que impresionó a Undset del catolicismo (...) es el tono general de humanidad. Ambientar su obra maestra en el siglo XIV noruego significó representar una época en la que el exceso, el pecado, el dolor, el amor y toda gama de sentimientos y acciones humanas podían ser comprendidos, juzgados y corregidos desde cierto tipo de conciencia común, marcada por una estima grande y positiva hacia la humanidad real. El rico y variado fresco de personajes por el que se mueve la experiencia de Kristin sería, sin la presencia del cristianismo, sólo un teatro de violencia y superchería. La historia misma de la protagonista (...) es, de alguna manera, el símbolo de un descubrimiento de alcance histórico general: que el cristianismo católico constituye la única alternativa verdadera a la ley de la violencia.

Y este gran río de Undset es también el nuestro. Os proponemos navegarlo juntas en estos meses de verano de la mano de Cristina para llegar, si acontece, a saborear el mar abierto.

Nuria Arribas, arquitecta